Núm. 113.

LA MISANTROPÍA DESVANECIDA.

DRAMA EN UN ACTO,

ESCRITO EN ALEMAN

POR *AUGUSTO KOTZEBÜE*,

EN CONTINUACION AL DRAMA INTITULADO

LA MISANTROPÍA

Y EL ARREPENTIMIENTO

DEL MISMO AUTOR.

PERSONAS.

El Baron de Menó, baxo el nombre de Mayfeld.	*El Baron de Horst, Mayor, al servicio de Francia.*
Eulalia, su esposa.	*Franz, criado viejo.*
Félix y Amelia, } *sus hijos, de edad de 6 á 7 años.*	*Roseta, criada.*
	Conrado, criado cazador.

La escena pasa en Suiza, en una isleta del lago de Constanza, llamada Menó.

ESCENA PRIMERA.

Una sala de la casa de Menó, con una puerta en el medio y dos á los lados, una en frente de otra, y una ventana. Debe haber en ella un sofá á un lado, y una mesa delante de él, de modo que no estorben á los actores, y algunas sillas.

Roseta, barriendo, y despues quitando el polvo.

Barrre, limpia, pobre desgraciada. ¡Ah! por mas que hagas, no

por eso estará mas limpia tu conciencia.

Se oyen las cinco de un relox de sala.

¿Las cinco ya? La señora no tardará en levantarse. No importa. Yo ya acabé mi labor... ¡Que no fuera ya cerca de noche! yo habria por fin descargado mi corazon del peso que le oprime.— Sí; hoy, ó nunca. — Nada temas, Roseta; nada, nada. ¡La señora es tan buena! ¡el amo es tan bueno!... Pero ¿qué digo?... Por esta misma razon, ¿cómo haré yo para confesarles que no soy tan buena como ellos? Me parece fácil el descubrir una cosa mala á un malo, porque se le puede mirar á la cara sin vergüenza.... ¿Pero á un bueno?... ¡Ah! es terrible.

ESCENA II.

Roseta, Conrado que saca la cabeza por la puerta, que estará entreabierta.

Conr. ¿Roseta?

Ros. ¡Ah! ¿Conrado? ¿Has despertado ya?

Conr. ¿Ya? ¿Pues qué crees que he dormido? *Se va acercando.* Estoy todo, yo no sé cómo.

Ros. Anda poquito á poco: habla quedito: los amos estan todavía durmiendo.

Conr. Yo lo creo: á ellos les es fácil dormir rodeados de satisfacciones. Tambien yo en tu compañía me parece que reposaria feliz hasta el dia del juicio.

Roseta tristemente.

Verdad es, Conrado, que pa[r] delante de Dios yo soy ya [tu] muger.

Conrado en el mismo tono.

Sí; seguramente lo eres.

Ros. Y aun quando la mano del Cu[ra] no nos uniese, nosotros n[os] uniriamos despues de muerto[s] porque mi intencion es de hace[r]me enterrar junto á tí. Entónce[s] reposariamos apaciblemente u[no] al lado del otro, tú, yo, y nue[s]tro hijo.

Conr. Sí, Roseta: en el cementerio, baxo el tilo grande, al[li] donde hay un sauce que sube p[or] cima de la pared.

Los dos suspiran, y se hace un pausa. Conrado con semblante de confianza.

¿Pero no crees tú, Roseta, qu[e] seria mejor no apresurarse tan[to] á baxar á la tumba? Todavía p[o]demos probar algunos placeres e[n] la tierra; que el reposo de l[a] muerte seguro le tenemos.

Ros. Tienes mucha razon.

Conrado con un aspecto cada v[ez] mas sereno.

Imagínate ver al rededor de n[o]sotros una media docena de ch[i]quillos, cada uno con su zoqu[e]te en la mano, y tú dando papilla al mas pequeño.

Ro-

Roseta que recobra repentinamente su alegría, y parece muy satisfecha.

Y yo esperándote con ellos á la tardecilla delante de nuestra cabaña, y los mayorcitos gritando con todas sus fuerzas: ya viene mi padre, ya viene mi padre.

Conr. ¡Quánto gusto tendré yo entónces en volver á casa con mi morral lleno de caza!

Ros. ¡Y yo en correr ácia tí con un buen vaso de vino!

Conr. ¡Y un pedazo de queso añejo!

Ros. ¡Y los muchachos, cómo se colgarán de tí!

Conr. ¡Curiosos de ver lo que traigo de caza!

Ros. Te ayudarán á descalzar.

Conr. Me traerán botines calientes.

Ros. Se echarán con nosotros en la yerba.

Conr. Y allí jugarán y retozarán.

Ros. Hasta que se ponga el sol.

Conr. Entónces nos entraremos en la cabaña.

Ros. Y rezaremos todos juntos las oraciones.

Conr. Y cantaremos un salmo.

Ros. Y despues nos iremos á acostar, con nuestros niños al rededor.

Conr. Y dormiremos hasta el amanecer.

Los dos. ¡Ah! ah! ah! *Una pausa.*

Roseta con semblante triste.

Pero, Conrado, todavía no nos han echado la bendicion nupcial; y sin ésta no me volverás á engañar.

Conr. Ni yo lo pienso tampoco.

Ros. Bien: así me gusta.

Conr. Pero, Roseta, todavía no tenemos cabaña.

Ros. Ni leche.

Conr. Ni queso.

Ros. Ni vino.

Conr. Ni cama.

Ros. ?Y si descubrimos á nuestros amos las cosas que han pasado entre nosotros?

Conr. ¿Y nos echan á ámbos de casa?

Ros. ¡Ah, Conrado!

Conr. ¡Ah, Roseta!

Ambos sollozan, y sigue una pausa.

Roseta con un profundo suspiro.

El dia de hoy decidirá nuestra suerte.

Conr. Sí: hoy mismo.

Roseta, poniendo la mano de Conrado sobre su corazon.

Mira, mira cómo me palpita el corazon.

Conrado, haciendo lo mismo.

¿Pues y el mio? Golpea como el martillo de una fragua.

Ros. Preciso es que hayamos hecho una cosa muy mala, quando el corazon golpea así.

Conrado, rascándose tras una oreja.

Sin duda: no ha sido nada bueno.

Ros. Pero todo se puede reparar.

Conr. Sí, como nuestros amos nos perdonen nuestra flaqueza.

Ros. Yo no sé cómo hemos hecho tan grande disparate.

Conr. Ni yo tampoco.

Ros. Mira, Conrado: hoy es el cumple-años del amo. En este dia todos estan contentos y alegres hasta no mas; y yo he oido decir, que quando las gentes estan así, estan dispuestas á hacer bien á todo el mundo.

Conr. A perdonar y olvidar.

Ros. Pues yo quiero animarme, y contárselo todo al amo, suplicándole que interceda con el ama para que nos perdone.

Conr. Y lo hará, porque es seguramente un buen señor.

Ros. Y ella una muy buena señora.

Conr. ¡O! ciertamente Dios les conceda una larga vida.

Los dos levantan las manos al cielo implorándole.

Ros. El domingo próxîmo rogaremos devotamente por ellos.

Conr. Todos los domingos.

Ros. ¿Sabes lo que digo, Conrado? Si veo que el amo está algo serio, me dirigiré al forastero que ha venido ayer.

Conr. ¿Al forastero? ¿Qué quieres hacer con él?

Ros. ¿Pues qué; no sabes que es un amigo antiguo de nuestro amo? Se llama *Horst.* Dicen que el amo le quiere muchísimo El viejo Franz le fué á esperar hasta el otro lado del lago, y le ha introducido secretamente en la casa, para que nuestro amo no le vea hasta hoy, que es el dia de su cumple-años Quieren darle así una alegría inesperada. Pues á este forastero es á quien yo quiero dirigirme, porque creo que el amo no le negarí nada. ¿No crees tú lo mismo Conrado?

Conrado, rascándose la cabeza.
Atiende, Roseta — quando yo reflexîono las cosas — pienso en efecto — que el amo no negará nada al forastero— el forastero no te negará nada á tí — y tú no negarás nada al forastero.—No, no, mejor es que lo dexes como está.

Ros. ¡Ah! ah! ah! Tú eres tonto.

Conr. Sí; así es como yo podria venir á serlo mas fácilmente.

Ros. Anda: retírate; me parece que oigo á la señora; y si no estoy trascordada, creo que el amo te mandó ayer tarde que preparases todas las cosas bien de mañana.

Conr. Sí: me lo mandó.

Ros. ¿Y por qué no pones manos á la obra?

Conr. ¡Qué pregunta tan necia! A Dios.

Ros. A Dios.

Conrado volviendo.
Escucha, Roseta; si me amas, dexa en paz al forastero. Esto podria no ser conveniente, y serle quizá gravoso.

Ros. ¿Te inquieta acaso?

Conr. Sí; me inquieta.

Ros. Pues bien: hablaré al amo mismo.

Conr. Mejor es. A Dios.

Ros. A Dios. ¿Y adónde vas?

Conr. A mi labor.

Roseta riendo.
¿Al dormitorio del amo?

Conr. Sí. *Vase por la puerta del medio.*

Ros.

Ros. Es muy buen muchacho este Conrado: yo le amo de todo corazon. ¡Qué locura amarse así! ¡Ah! con todo, el primero que lo hizo, bien supo lo que se hacia.

ESCENA III.

Eulalia vestida de fiesta, pero con mucha sencillez, y Roseta.

Eul. Buenos dias, Roseta. Ve á buscar á mis hijos, y trae las flores que están en el cenadorcito del jardin. *Vase Roseta.*

Eulalia. Se asoma á la ventana.

¡Qué dia tan hermoso y sereno! Ea Eulalia: recobra tambien tú la tranquilidad y alegría ordinarias: olvida, si puedes; olvídate hoy; hoy tan solo, de que el gozar de un dia como este deberia ser únicamente la recompensa de la inocencia y de la virtud.— ¡Ah! este aguijon clavado siempre en mi pecho, esta espina que continuamente me despedaza, al punto que quiero entregarme un instante al regocijo... separaos, separaos de mí, pensamientos terribles!... Que los cuidados de la mañana no dexen, á lo ménos sobre mi rostro, en el resto del dia, la menor señal de mis remordimientos.. Hoy es el cumple-años de mi esposo.. por todas partes la naturaleza rie al rededor de mí. Lo presente es tan agradable, que es preciso por algunos momentos hacer por olvidar lo pasado.—*Se acerca á una de las puertas colaterales, y llama á golpecitos en ella.*

Horst sin abrir.

¿Quién está ahí?

Eul. Yo, mi querido Mayor. Ya son las cinco y media. Mi marido va á levantarse al instante. ¿Está usted vestido?

ESCENA IV.

Eulalia. Horst, que abre la puerta, y sale.

Horst. Buenos dias, señora. He dormido poco: las graciosas escenas de que me hizo usted ayer una pintura tan halagüeña, me han rodado toda la noche por la cabeza.

Eul. Me prometo muchos placeres; y el mayor de todos será la sorpresa que probará mi marido al encontrarse en los brazos de su mayor amigo.

Horst. ¿Y quál es el papel que debo hacer?

Eul. Es tan fácil que no puede ser mas. Usted permanecerá en su aposento, y escuchará un poco á la puerta, desde donde oirá el modo con que mis hijos saludan á su padre; y quando haya pasado este primer momento, saldrá usted, y vendrá á echarse á su cuello— comeremos à la sombra de los árboles: despues nos iremos á pasear por el lago: los aldeanos baylarán por la tarde sobre la yerba, y nosotros iluminaremos con pipotes. Ya lo sabe

usted todo. Oigo venir á mis hijos. Retírese usted al instante. *Hácele entrar inmediatamente en su aposento.*

Estoy muy contenta de que haya venido, y sin embargo su presencia me embaraza. Quando le veo, me parece que me encuentro de nuevo en Wintersee; y mis antiguas heridas, que el tiempo tenia ya casi cicatrizadas, vuelven otra vez á echar sangre. No, yo no habia nacido para ser criminal, porque me es imposible habituarme á la idea de que lo soy. Siempre este pensamiento despedazador está pesando sobre mi corazon; siempre se me está ofreciendo de nuevo á mi espíritu; y aun en medio del tumulto de los placeres, en que las pesadumbres se olvidan por lo comun horas enteras, se representa sin cesar como una araña saliendo del caliz de una flor que yo acabase de coger.

ESCENA V.

Eulalia. El viejo Franz entra con los dos Niños, á quienes conduce por la mano. Roseta trae un canastillo de flores y guirnaldas: las dexa, y se va.

Los dos Niños.
Buenos dias mamá. *La abrazan.*

Eul. Buenos dias, hijos mios: buenos dias, Franz. ¿Has hecho ya todas las disposiciones necesarias para la fiesta de hoy?

Franz. Todo esta pronto. Hace ya mas de quince dias que robo de un tiempo á otro algunos momentos á fin de que nada falte. Sabe usted, señora, que el amo no permite que me separe mucho de él, porque siempre estamos trabajando juntos en el campo y en el jardin. Así es, que me he visto precisado en mi vejez á aprender á mentir descaradamente para quando me ha preguntado: *Y bien, Franz: ¿en dónde has estado tanto tiempo?* Por lo demas, los segadores y los pastores tienen sus órdenes, las cintas estan distribuidas, las lecheras se pondrán sus mas brillantes atavíos; y yo — yo mismo quiero tambien echar hoy una baylada.

Eul. Harás bien, mi querido Franz: juntos baylaremos un buen rato.

Franz ¡Ah, mi querida ama! *Quiere besarla la mano, y ella le abraza.* ¡Qué vida tan angelical es la que tenemos en esta isletilla! No; no: ¡jamas habria podido formar la idea de una felicidad semejante!... ¡Un dia como este!— ¡Ah! ¡Un solo dia, en un año todo de satisfaccion y regocijo! — *En secreto, y como haciendo una confianza.* Yo tambien pienso hacer un regalito á mi amo. Le he adquirido con mis ahorros; y me ha llegado poco ha de Suecia: es un quartillo de centeno de Vasá. El amo hace mucho tiempo que desea hacer pruebas con esta especie de grano.

Eul. Casi te tengo envidia.—Vamos, hijos mios: ¿habeis rogado hoy á Dios por vuestro padre?

Fel.

Fel. Sí señora.

Amel. Por nuestro padre y por nuestra mamá.

Eul. ¿Pero sabeis que hoy, como que es el dia de su cumple-años, es necesario dar gracias á Dios, con mas devocion que otros dias, por haberos dado un padre tan bueno? Venid aquí, y le rogaremos todos juntos. *Ella se pone de rodillas, y á su lado los dos niños, que tendrán las manos puestas.*

Fel. Dámoste gracias, Señor, porque nos has dado un padre tan bueno.

Amel. Y te pedimos que le dexes vivir mucho tiempo todavía, mucho tiempo.

Franz, muy conmovido. ¡Oyelos, Dios todo poderoso! *Eulalia y los hijos se levantan.*

Eul. Vaya: vamos ahora despachando. Pongamos á la mayor brevedad en órden estas flores. *Toma el canastillo; Franz ayuda; los niños saltan y brincan al rededor de ellos. Coronan de flores la puerta del dormitorio de Menó; ponen una silla enmedio del teatro, y esparcen flores al rededor de ella.*

Eul. Es necesario ahora, Franz, que entres poco á poco en el dormitorio de tu amo, para que quando despierte nos lo avises. *Entra Franz.*

Eul. Tomad, hijos mios: tomad cada uno un ramillete: ya sabeis quando le habeis de presentar.

Fel. ¡Oh! lo sabemos muy bien.

Eul. ¿Creo que no habreis olvidado el cumplimiento que habeis de hacer?

Amel. No señora. ¿Quiere usted que le repitamos?

Fel. Mi querido papá, Felix está aquí...

Eul. Está bien; bien: silencio: me parece que oigo algun ruido.

Franz que asoma la cabeza por la puerta que entre-abre.

El sale.

Eulalia y los Niños á un tiempo.

Ya sale; ya sale. *Toma á cada uno de una mano, y se adelanta ácia la puerta de enmedio por donde sale Menó.*

ESCENA VI.

Menó y los mismos de la anterior.

Eulalia y los Niños.

Buenos dias, buenos dias: *rodeándole y abrazándole.*

Menó sorprehendido gustosamente.

¿Qué veo? ¿Qué significa esto?

Repara en las flores, y en los vestidos de sus hijos.

Mi querida Eulalia, explícamelo ya.

Eulalia llena de júbilo.

Esto es para celebrar el dia de tu nacimiento.

Men. ¡El dia de mi nacimiento! ¡Hijos de mi alma! *Los abraza uno despues de otro: ellos le traen poco á poco á la silla. Felix se coloca á un lado, y Amelia al otro.*

Men. ¿A qué se dirige todo esto?

Fel. Mi querido papá: Felix ha ve-

venido á abrazar á usted, y darle pruebas de lo mucho que le quiere.

Amel. Y Amelia, mi querido papá, trae la misma intencion.

Felix, presentando sus ramilletes. Acepte usted estas flores de la mano de sus dos hijos; y que así como la naturaleza renace en la primavera, renazca tambien sin cesar la felicidad de usted.

Ambos con las manos puestas mirando al cielo.

Y tú, soberano Señor del universo si has oido nuestras súplicas, haz que este hermoso dia, este dia que derrama el júbilo en el corazon de una tierna madre, y hace felices á sus hijos, se renueve todavía muchas veces.

Franz, l mpiándose una lágrima. Así sea.

Menó tiernamente conmovido, abraza en silencio á sus hijos, despues se arroja fuera de la silla, y estrecha con calor á Eulalia sobre su pecho.

ESCENA VII.

Los dichos y Horst, que sale de su aposento, y abraza á Menó.

Men. ¡O cielo! ¡Hórst! ¿Tú aquí?— ¡Querida Eulalia! ¿Qué torrente de satisfacciones me procuras? *Se abrazan en silencio.* Hace mucho tiempo, mi querido Horst, que me hacias esperar el placer de volverte á ver; pero yo no te esperaba tan pronto.

Horst. Ni este era tampoco mi designio; pues he tenido que redondear precipitadamente algunos asuntillos, para poder venir aquí en este momento. Yo no contaba con verte hasta despues de dos meses todavía; pero tu hermosa muger — no me seas zeloso— ha mantenido conmigo una secreta correspondencia, y me ha dado una cita para este mismo dia, con la esperanza de que mi presencia te le haria aun mas agradable. Tu antiguo amigo ha tenido la vanidad de creerlo así; y hele aquí.

Men. Perdonad, amigos mios, si el júbilo me hace mudo. ¡Me habeis sorprehendido de un modo tan delicioso! — ¡Me habeis enternecido tanto! — ¡Ah! mi querido Franz; *le aprieta la mano.* la lágrima que acabas de derramar, no se me ha ocultado tampoco.— Andad, hijos mios, andad. Dexadme solo un momento. Tu, Horst, quédate. ¡Hace tanto tiempo que no nos hemos visto!... ¿pero me perdonarás quando te confiese que rara vez me he acordado de tí en tu ausencia?

Horst En hora buena. Se puede muy bien pasar algunas veces sin un amigo; pero este no está nunca de sobra

Men. No; seguramente que no.

Eul. Hoy comeremos á cielo raso, si te acomoda

Men No puedes darme mayor gusto.

Eul. Pues ven, Franz: vamos á poner la mesa baxo los tres tilos grandes.

Los Niños les siguen saltando.

No-

Nosotros tambien iremos, mamá, tambien nosotros queremos ayudar.... *Vanse.*

ESCENA VIII.

Menó. Horst.

Men. Dexa que te vuelva á estrechar sobre mi pecho. No me faltaba mas que tu presencia para completar mi felicidad.

Horst. Querido Menó: ¿con que vuelvo á encontrar á mi antiguo amigo tal como era?

Men. He dexado en Alemania mi nombre y mis pesadumbres. Sí, Horst; tú ves en mí el mismo hombre que conociste en Alsacia; pero mucho mas feliz, á Dios gracias. ¿Te acuerdas de haberme visto derramar lágrimas de júbilo? Pues bien; mira: estas no son las primeras que han corrido de mis ojos en esta feliz soledad.

Horst le considera en silencio; pero se observa en su semblante el júbilo interior que siente.

Men. Volvamos á tí, mi querido Horst. ¿Qué te ha sucedido en los dos años que hace que estamos separados? Estás acabado, flaco. ¿Has tenido algunas pesadumbres?

Horst. Eso no puede faltar en el tiempo en que vivimos. La peste reyna en el oriente: las opiniones mas contradictorias perturban la quietud de los hombres en nuestra europa. Pero tú vives tranquilo enmedio de la tormenta: tu rostro anuncia la felicidad: por fin, tú estás mejor que nunca.

Men. Sí; soy feliz;— soy muy feliz.

Horst. ¿Con que yo te predixe la verdad, diciéndote; « que se podia sin rezelo consagrar la vida á la soledad en compañía de Eulalia? »

Men. Sí, me dixiste sin duda la verdad. En esta isleta soy un rey: soy mas que un rey por lo que respecta á mi muger; porque ella lo hace todo por el amor que me tiene, y nada por obligacion. — ¡Ah! ¡quán lleno de satisfacciones está mi corazon en este momento! — Sí; se desea hacer á otro partícipe del contento todavía con mas ansia que de las penas. Yo pude en otro tiempo encerrar mis pesares en mi pecho; pero no es lo mismo con mis placeres, con el exceso de mi felicidad. — Amigo mio, ¿por dónde empezaré; por dónde acabaré para darte una idea de ella? — Una buena muger — ¡ó Dios! ¿que dón mayor puedes hacer á un mortal, á quien has concedido una en la tierra muger buena?

Horst. ¡Delicioso entusiasmo!

Men. Quando despierto por la mañana despues de haber pasado una noche tranquila, el primer pensamiento que se presenta á mi espíritu, es el de un dia feliz. Por lo comun Eulalia se ha levantado ya, y se ha ocupado durante mi sueño en las haciendas menudas de la casa. Así que se abre la puerta de mi aposento, la veo entrar vestida limpia y modestamente, trayendo de la mano á mis hijos, lavados y vestidos

 por

por ella misma. En otro tiempo, luego que abria los ojos, tenia la costumbre de asomarme á la ventana á ver si el tiempo estaba sereno, y si el sol brillaba: hoy se me ha hecho inútil este cuidado, por que en la casa que habita una buena muger, siempre brilla el sol. Quando ella viene á mi encuentro, y me recibe con una dulce sonrisa, no advierto si el cielo está cubierto de nubes, ni oigo si la lluvia suena contra mis ventanas. Me siento sobre ese sofá á tomar el té; á mi lado Eulalia: aquí mi Felix; y allí mi Amelia. Comemos, bebemos, hablamos, y olvidamos así al universo entero. — ¡ O, amigo mio! Es imposible que conozcas quánto quiero yo ese sitio. — Ahí nos estamos sentados del modo que te he dicho, las largas tardes y noches de invierno; leemos; jugamos al axedrez ó á las damas, ó jugueteamos con nuestros hijos.— Ahí nos hemos hecho una continua relacion de nuestros pensamientos, de nuestras sensaciones; y siempre encuentro mi alma en la de Eulalia, con la diferencia de que aquí toma un colorido mas dulce y mas agradable.

Horst. Ciertamente, Menó, que no puede haber otro mas propio que tú para convertir á los enemigos del bello sexô.

Men. Despues del desayuno, me voy al campo, porque me he hecho un aldeano. Mi Franz y yo estamos muy ocupados en la economía rural. Hacemos venir de Zurich quanto se escribe relativamente á este objeto: lo leemos con un vivo interes: despues hacemos pruebas, que por lo comun tienen un éxîto desgraciado; pero como tambien hay algunas que salen bien, esto nos consuela. ¡ Ah! si yo te contara las disputas que hemos tenido entre nosotros para explicar el modo de poner en execucion el diseño de un arado de nueva invencion, ó de una criba, tendria para dias enteros. Quando por fin creemos haber descubierto el modo de hacer estas máquinas, trabajamos en ellas con nuestras propias manos, y seguimos la labor con la mayor aplicacion. La verdad es que muchas veces no hemos contado con la huéspeda; pero quando se acaba la obra, y ésta no sirve, no por eso nos disgustamos: volvemos de nuevo á empezar, y tenemos un nuevo placer. Algunas veces nos acompaña Eulalia con su calceta; y entónces ella se divierte y rie, ó alaba nuestra obra.— ¡ O, Horst! ¡ Horst! ven á aumentar esta sociedad, si quieres conocer el precio de la vida.

Horst. Lo haré, amigo mio: lo haré. Este es mi mas ardiente deseo.

Men. A mediodia tenemos una buena comida campestre, preparada por las manos de Eulalia, y cada uno lleva á la mesa un rostro alegre y un buen apetito. Durante el primer quarto de hora, se habla poco ó nada, porque las coliflores y las criadillas de tier-

ra que comemos, nos imponen silencio. Pero quando estan ya algo apaciguadas las ganas, quando parece sobre la mesa el queso de Suiza, y mi Amelita me echa un buen vaso de vino, entónces se desatan nuestras lenguas, y una dulce chanza que á nadie ofende, sazona los placeres de los postres. Otras veces hago preguntas á mis hijos para saber lo que han aprendido — de su madre se entiende, amigo mio, porque ellos no tienen otro maestro — y me encuentro por lo regular, que en historia natural, por exemplo, saben tanto como yo, al paso que en la historia de los pueblos me aventajan en mucho. Comunmente me sorprehenden recitándome los mejores pasages de los poetas alemanes y franceses; y esto no te parezca que lo hacen tartamudeando, sino con la mayor expresion y claridad, porque las sensaciones delicadas de Eulalia han pasado ya á sus almas. Amelia toca muy bien el clave, y esto lo ha aprendido tambien de su madre. ¡Ah! ellos lo toman todo de ella, y yo por ella gozo de todo. Eulalia me ha atado á la vida con cadenas mágicas: á esta vida, de que yo no pendia sino por medio de un débil hilo. En este momento no conozco mayor felicidad que vivir; de vivir como vivo. Tú eres testigo, Horst, de lo poco que en otro tiempo yo temia la muerte enmedio de nuestros enemigos; pues bien, ahora tiemblo delante de ella.

Horst. ¡Hombre dichoso! Gracias á Dios, de que tu carácter sensible y arrebatado no te haya conducido al error.

Men. Sí: tiemblo al aspecto de la muerte. Hace como unos ocho meses, que á conseqüencia de un resfriado, que me sobrevino de resultas de una cacería, se me levantó una fiebre violenta. Yo conocia que estaba muy malo. Dos años ántes, la muerte me hubiera parecido un término de mis penas; pero en este momento : : : — ¡O mi querido Horst! todo lo que te he contado hasta ahora no te pareceria mas que bagatelas, si te pintase los cuidados de Eulalia conmigo. Desconozca quanto quiera un hombre en el estado de salud y felicidad las virtudes de su muger, y su corazon sea duro y obstinado hasta el extremo; en el estado de enfermedad, la dulzura compasiva de su esposa, le obligará precisamente á hacerla justicia. No es bueno que el hombre esté solo: quando Eulalia estaba sentada junto á mi cama, de que no se separaba casi nunca: quando me daba medicinas, me calentaba servilletas, y me componia la almohada: quando procuraba dolorosamente descubrir en mis ojos apagados, si le quedaba alguna esperanza de arrancarme de los brazos de la muerte: quando un sollozo medio ahogado manifestaba sin querer sus temores, y con una sonrisa forzada procuraba inspirarme una esperanza que

ella

ella no tenia: quando en un rincon de la sala se ponia de rodillas con sus hijos á implorar del cielo con una devocion angélica mi salud. — ¡O amigo! me era imposible entónces darle de viva voz pruebas de mi gratitud, porque el apretarla solo la mano me aniquilaba; pero me seria imposible expresarte lo mucho que esto me aliviaba interiormente: ni cómo mi alma iba así recobrando sus fuerzas, que comunicaba en seguida al cuerpo. *Se limpia con su misma mano una lágrima que se le cae de sus ojos, y mirándola*: Esto está escrito aquí— *despues señalando á su corazon*, y aquí.

Horst. Yo sabia bien que las cosas se convertirian de este modo: y estaba bien seguro de ello quando, hace dos años, te aconsejé, á pesar de lo que habia sucedido...

Menó un poco impaciente.

¿Qué quieres recordarme? Eulalia dió una caida en su infancia, de que conserva una leve cicatriz en la frente. Mas no por esto es ménos hermosa: ¿no es verdad? La cicatriz ha desaparecido casi; ó por lo ménos yo no la veo: no tengo ojos sino para admirar sus gracias, ni otra idea que la de mi felicidad... Sin embargo, amigo mio, para que no ignores nada, has de saber que todavía falta una sola cosa, para que sea completa.

Horst. ¿Y quál es esta cosa?

Men. Que Eulalia no es tan perfectamente feliz como yo: que de tiempo en tiempo tiene instantes de melancolía; y que es bastante freqüente el advertir, por lo encendido de sus ojos, que ha derramado lágrimas. Esto me causa muchísima pena, porque no ignoro la causa de su pesar, sin atreverme á tomar parte en él; porque no me es permitido hacerle ninguna pregunta sobre el particular; y por último, porque no encuentro medio alguno de ahogar en su corazon el sentimiento penoso de su eterno arrepentimiento.

Horst. ¡Si el tiempo no produce este efecto...!

Men. ¡El tiempo! No, amigo mio: el tiempo no tiene ningun imperio sobre las conciencias. Eulalia conoce mi superioridad á ella: no cree tener los mismos derechos que yo á todos nuestros placeres. Cada vez que yo la abrazo parece que recibe su perdon. Por aquí puedes inferir quánto se atormenta esta pobre muger,.... y quánto esto me atormenta á mí mismo. — Te aseguro que quando me sucede tener un corto dolor de cabeza, apénas me atrevo á estar un poco serio, porque temo que su conciencia temerosa no lea en mi cara un quejoso recuerdo.

ESCENA IX.

Los mismos y Roseta.

Roseta, que hace un corto rato se

ha ido acercando poco á poco, y temblando.

Señor. —

Menó, algo enfadado.

¿Qué quieres? ¿Has estado escuchando?

Ros. ¡Ah! si yo hubiera escuchado siempre, me hallaria mas sosegada y contenta de lo que estoy.

Men. ¿Mas contenta?

Ros. La obediencia á los padres trae la bendicion del cielo á una casa.

Menó sonriendo.

¡Tonta! ¿con que no has escuchado?

Ros. ¡Ah! no señor: soy una pobre huérfana: mis padres muriéron casi en una misma semana; el dia de san Bartolomé hará ya (*cuenta por sus dedos*) uno, dos, tres, quatro, cinco, seis años.

Men. Bien, hija mia. ¿Pero qué quieres?

Ros. Hoy es el cumple-años de usted.

Men. Ya; vienes á darme los dias, y á desearme toda felicidad: bien, yo te doy las gracias.

Ros. No señor; nada de eso: yo no queria desear á usted ninguna felicidad.

Menó sonriendo.

¿No? ¿pues qué? ¿infelicidad acaso?

Ros. Dios me libre: ni felicidad ni infelicidad. ¿No es usted ya feliz?

Men. Tienes razon, lo soy.

Ros Usted tiene una esposa á quien ama, y de quien es igualmente amado; y nada tiene sobre esto que decir.

Men Yo no entiendo adónde quieres ir á parar.

Roseta, con los ojos baxos, y jugando con la punta de su delantal.

Si Conrado tuviera tambien una muger á quien amára mucho, seria igualmente feliz.

Men. Hija mia, te explicas tan enigmáticamente, que temo que no estés bien despierta.

Ros ¡O! sí señor: yo estaba ya ántes de las cinco de la mañana en la sala; y allí estuve hablando con él.

Men. ¿Con quién?

Ros. Con Conrado.

Men. ¡Ah! ya te entiendo; tú estás enamorada?

Ros. Si señor.

Men. Y quieres obtener mi aprobacion?

Ros. ¡Ay Dios! No señor.

Men. ¿No la quieres? ¿Pues qué es lo que deseas?

Ros. Que usted me perdone el haberme enamorado sin su permiso.

Men. Bien: yo te lo perdono Pero Conrado es todavía un muchachuelo, y tú apénas has salido de la infancia. — Es preciso esperar.

Ros. Conrado no es quizá tan jóven como usted piensa.

Men. ¿No?

Ros. No, ciertamente; y nosotros esperariamos de buena gana, si esto no fuese demasiado largo.

Men. Solamente un par de años.

Ros. ¡O! esto seria demasiado.

Men. ¿Demasiado?

Ros. Me parece que sí — porque nosotros hemos hecho el disparate—por no esperar—quando debieramos haber esperado : : :

Men.

Men. Ya, ya: te comprehendo perfectamente.

Roseta vergonzosa.

Yo no sé cómo usted puede entenderlo.

Men. Estás ya casada, ¿eh?

Ros. ¡O Dios! No señor.

Men. No os falta mas que la bendicion del Cura, ¿no es verdad?

Ros. Sí señor.

Men. ¿Con que es eso?

Ros Sí señor.

Men. Vosotros habeis hecho alguna necedad.

Ros. Sí señor.

Menó queda de repente en una profunda meditacion.

Ros. Por esto he creido — y Conrado ha creido tambien — porque soy una pobre huérfana — y porque hoy es el cumple-años de usted — que usted nos perdonaria mas bien que en otro qualquier dia — y que intercederá por mí con mi ama — para que no me eche de casa (*Llorando*) — porque entónces — entónces me veria precisada á morir de hambre — con mi pobre fruto. — *Viendo que Menó no la escucha, se vuelve inquieta ácia Horst.* Señor forastero: el viejo Franz dice que usted es el mayor amigo de mi amo, y que él le quiere á usted tanto. — Por Dios, señor, dígale usted una palabra en favor mio, y le querré á usted de todo mi corazon.

Horst. Con mucho gusto, hija mia. Espero, Menó, que perdonarás á la naturaleza la pequeña travesura que ha hecho, tan de las suyas.

Menó á Horst aparte.

¿No te dixe hace pocos minutos, que Eulalia se contemplaba inferior á mí, y que esta era la causa de su melancolía?

Horst ¿Y á qué viene ahora el recordar eso?

Men. Escucha, Roseta. Yo te perdonaré tu falta, yo te dotaré y te casaré con tu Conrado; pero ha de ser baxo una condicion.

Roseta quiere besarle la mano.

¡Ay, amo de mi alma!

Men. Poco á poco. — Te he dicho que baxo una condicion.

Ros. Qualquiera que sea, yo la acepto, con tal que yo me case con mi Conrado.

Men. Pues es esta: irás al instante á buscar á mi muger, y la confesarás todo lo que me has confesado á mí; pero en lugar de decir que Conrado te ha engañado, has de decir que el seductor he sido yo.

Roseta admirada.

¡Cómo!

Horst. ¿Estás loco?

Men. Déxame hacer. Con que, Roseta, ¿me has entendido?

Ros. A fe de muchacha honrada, que no he entendido á usted.

Men. Dirás á mi muger, que yo soy el que te ha seducido.

Ros. ¡Dios mio! ¿qué quiere decir esto? Ya ve usted, señor, que yo no me puedo casar con usted.

Men. ¡Qué tonta eres! No se trata de eso. Tú te casarás con tu Conra-

ra-

rado. Yo quiero solo que tú digas á mi muger que yo te he engañado.

Ros. Pero esto será mentir.

Horst aparte.

Sí; ¡pero con quánta generosidad!

Men. Yo tomo la mentira sobre mí.

Ros. Pues bien: yo lo haré: usted tendrá sin duda mas crédito con Dios, que una pobre huérfana como yo. Pero esto ¿no dará que sentir á mi ama?

Men. Esa es cuenta mia. Tú puedes escoger: ó mentir, y casarte con Conrado; ó decir la verdad, y ser echada de casa: con que decídete.

Ros. Yo consiento en ello, aunque mas quisiera decir verdad que mentir. Pero una vez que usted dice que toma la mentira sobre sí, yo correré los riesgos de ella.

Men. Bien va. Da cuenta tambien á Conrado de esto, para que no te contradiga. — Ahora, pues, ¿qué te parece, Horst, de mi proyecto? Yo creo que debe restablecerse la igualdad entre nosotros, y volver el reposo á Eulalia.

Horst. ¡Hombre admirable! Tu designio es bueno; pero con él no conseguirás mas que poner en lugar del gusano que la roe, otro que haga lo mismo. No conoces á las mugeres, si crees que este último sea ménos cruel que el que la ha atormentado hasta ahora.

Men. Te engañas á tí mismo, enemigo de las mugeres. Yo conozco á Eulalia, y sé lo que me hago. Vámonos á dar un paseo para no exponernos á encontrarla, á fin de que la muchacha tenga tiempo de desempeñar su comision. *A Roseta.* Que cumplas bien con el encargo, y de aquí á diez dias se celebra tu boda. *Vase con Horst.*

ESCENA X.

Roseta sola.

¡Mi boda dentro de diez dias! ¡qué dicha! Por mí, mañana si quieren. — Pero el amo es bien extraordinario para el dia de su cumple-años. Es preciso que tenga mucho gusto en disputar con el ama, quando quiere que yo la ponga de mal humor con él. Seguramente, esto la ha de afligir mucho. — ¡y con todo, es tan buena! — Por otra parte, si no lo hago, será preciso que yo salga. No; Dios me libre. ¿Qué seria de mi boda? Suceda lo que quiera, él sabrá como lo ha de componer.

ESCENA XI.

Roseta. Conrado que entra temblando.

Roseta corriendo á él.

Conrado, ¿qué me has de dar, si te digo una buena noticia?

Conr. Di pronto, Roseta. Hace una hora que estoy en brasas. Yo queria continuar mi labor; pero me ha sido imposible.

Ros.

Ros. ¡Pobrecito!

Conr. Todavía tengo mi almuerzo en el bolsillo: ¿quieres tú? Yo no puedo pasar una miga de pan.

Ros. Mejor... así te gustarán mas los pasteles de la boda.

Conr. ¿Los pasteles de la boda?

Ros. ¿Abres tanto ojo? ¿Te se hace la boca una agua?

Conr. No por los pasteles.

Ros. Sino por la boda.

Conr. Sí: sin duda. Habla, Roseta, ¿lo dices seriamente?

Ros. Sí, sí, sí; muy seriamente. Ahora mismo se acaba de ir el amo, y le he hablado sobre el asunto

Con.. ¿Quándo se ha ido?

Ros. No, tonto: quando estaba aquí.

Conr. ¿Tú? No te chancees.

Ros. Mira: el amo estaba aquí; allí el forastero, y yo en este mismo sitio.

Conr. ¿El forastero estaba tambien presente?

Ros. Sí; y me ha llamado, hija mia.

Conr. ¿Hija mia? ¡Ay! ay! ay!

Ros. Tambien dixo otras muchas cosas que yo no entendí.

Conr. ¿Otras muchas cosas? ¡Ay! ay! ay! Sepamos algo de lo que eran esas otras cosas.

Ros. Por exemplo: hablo de que la naturaleza habia hecho una travesura.

Conr. ¿De la naturaleza? *Se pone en jarras.* Escucha, ¿y qué entiendes tú por eso?

Ros. Yo no sé nada.

Conr. Sí, sí; yo veo bien lo que él ha querido decir. Pero (*haciendo un movimiento amenazador con sus puños*) Roseta, lo que te digo es que no lo sufriré de ningun modo.

Ros. ¿Y qué es lo que tú no quieres sufrir?

Con. ¿Qué? qué la naturaleza haga travesuras.

Ros. No seas tonto, mi querido Conrado: la naturaleza no te hará ningun mal. Para decirte las cosas sin rodeos; sabe que el amo nos ha perdonado, que me ha ofrecido dote, y que dentro de ocho dias se hará la boda; pero con una condicion.

Conr. ¿Con una condicion? ¿Y quál es esa condicion?

Ros. Que yo he de ir con un cuento al ama Hi! hi! hi!

Conr. ¿Un cuento?

Ros. Sí: atiende; debo decirle una cosa, á que tú has de responder siempre que sí.

Conr. ¿Nada mas que sí?

Ros. Nada mas.

Conr. Pues dime ¿que cosa es esa á que es necesario que yo responda siempre, sí?

Ros. Chito: chito. Oigo al ama que sube por la escalera. Déxame á mí hacer solamente. Tú ponte en aquel rincon, desde donde escucharás sin abrir la boca, hasta que te se pregunte, y en este caso responderás siempre, si.

Conrado, poniéndose á un rincon junto á la puerta.

¡Está graciosa la aventura!

ES-

ESCENA XII.

Los mismos y Eulalia.

Conrado hace una profunda reverencia á Eulalia quando entra, y da mil vueltas al sombrero que tiene en la mano durante la primera mitad de la escena.

Eul. ¿Qué hay de nuevo, Roseta? ¿Siempre tan activa, y ahora no te se encuentra en ninguna parte?

Roseta da un profundo suspiro. Conrado hace lo mismo.

Eul. ¿Qué? ¿Suspiras, y tambien Conrado?

Conrado, inclinándose.

Sí señora.

Eul. ¿Y por qué?

Conr. Pregúntelo usted á Roseta.

Eulalia á Roseta.

Habla sin miedo. Ya sabes que no soy muy de temer.

Ros. ¡Ah, señora! Hace mucho tiempo que esto me oprime el corazon; pero quiero tanto á usted, que jamas me he atrevido á decirle una cosa que yo sabia que habia de afligir á usted, y ser causa de que no me quisiese mas en la vida. Ahora ¡Dios mio! me es imposible ocultarla por mas tiempo.

Eul. ¿Pues qué es?

Roseta llorando.

Yo... yo he sido engañada.

Eul. ¿Tú, hija mia? ¡Pobrecita! ¿Y quién es tu seductor? ¿Es aquel que está allí en el rincon?

Conrado, haciendo una reverencia profunda:

Si señora.

Ros. No, no ha sido él: éste debe ser solo mi marido.

Eul. ¿Tu marido solamente? ¿Es verdad esto, Conrado?

Conrado, como ántes.

Sí señora.

Eul. ¿Puedes ya decirme, Roseta el nombre de tu seductor?

Ros. ¡Ah¡ Usted va á enfadarse.

Eul. ¿Por qué me he de enfadar mas de lo que estoy? ¿Ni á mí qué me puede importar el saber el nombre de tu amante? Esto solo lo hago por tí; y si deseo saberlo, es porque te se haga justicia.

Roseta, dudando.

Es... es mi amo. —

Eul. ¿Qué tiene tu amo que ver en esto?

Ros. El es... el mismo que me ha engañado.

Eulalia queda violentamente sorprehendida. Despues de una pausa, durante la qual se ve en su rostro el combate de las diferentes pasiones de que es agitada, dice con una voz firme.

Mientes.

Ros. No señora, no: es mucha verdad: el amo mismo me lo ha dicho.

Una nueva pausa. La actriz debe pintar la situacion de su alma en una situacion igual.

Eul. ¿Es mucha verdad? ... Esto no puede ser cierto. — Pero esta muchacha es tan inocente: — no: ella no es capaz de una mentira tan atroz — ni aun de ninguna de qualquiera otra especie. — ¿Por qué tiemblo? — Yo he sido sorpre-

prehendida en extremo — ¡Me es tan nueva esta situacion! ¿Qué conducta deberia observar una muger honrada? — ¿Y quál debe ser la de Eulalia? — ¡Ah! ¡quánto diera por poderme recoger siquiera una hora en la soledad, á fin de imponer silencio á mi corazon, y entrar en acuerdo conmigo misma! — ¿Me conviene profundizar mas este misterio? ¿Será bueno que me informe de las circunstancias particulares de este negocio? No, no. Las cosas estan así; que queden como estan. — ¿Qué significan estas lágrimas? — ¿Por qué corren de mis ojos? — ¡Ah! ¿Sé yo misma lo que siento? — *A Roseta.* ¿Y dices que el amo te quiere casar con Conrado.

Ros. Sí señora; con Conrado, si usted lo permite.

Eul. Por mi parte, lo permito con mucho gusto. — Tú permanecerás conmigo. Yo haré educar á tu hijo, ó mas bien le educaré yo misma.

Conrado que, despues de esta falsa confianza, ha dado á conocer de diversos modos su disgusto, se adelanta en este momento, y dice.

No, Roseta, no; todo eso no vale nada ¿Quién diablos quieres que diga que sí á semejantes cosas?

Ros. Estate quieto, tonton. El amo lo toma todo á su cargo, tanto en esta vida como en la otra.

Conr. Se lo estimo mucho; pero yo soy hijo de padres muy honrados; tambien yo tengo honra, y no sufriré eso jamas.

Eul. ¿Qué dices?

Conr. ¡Eh, Roseta!... No te avergüenzas de hacer llorar así al ama?

Eulalia, haciendo por sonreirse. Tú sueñas. ¿Por qué he de llorar? Hace tanto tiempo que yo sé lo que acaba de suceder... tu amo mismo me lo habia dicho: esto no tiene nada de particular. Solo he aparentado el ignorarlo por ver si Roseta me confesaba la verdad.

Conr. No señora: eso no es verdad, aunque usted perdone; porque el amo no ha podido decir una cosa semejante, y porque Roseta ha mentido, con licencia de usted: sí; empújame; hazme señas; todo lo que quieras; una mentira jamas es buena para nada; y esta es una de las mas horribles que he oido en mi vida... ¡Mire usted! (*con desprecio*) ¡la embustera! ¡Si creeria que contra la opinion de las gentes honradas, yo estaria pronto á casarme con ella, y (*de un tono de desprecio, y enfadado*) á servir de cobertera! ¡No! Conrado es pobre: pero la pobreza y el honor pueden habitar muy bien baxo un mismo techo.

Ros. Sí, Conrado; yo he mentido: ya que tú lo tomas por donde quema, sosiégate, y no te enfades.

Conr. ¡Qué diablos! Tú me harás volver loco.

Eul. Hijos mios, explicaos con mas claridad: yo no os entiendo.

Conr. Pues bien: esto quiere decir

que

que ella ha mentido. Yo, yo solo he hecho la tontería, y si el amo y el ama lo permiten, yo la repararé.

Eulalia á Roseta.

¿Con que has mentido?

Ros. Sí señora.

Eul. ¿Y tienes vergüenza para caluminiar de este modo á tu buen amo? ¡Eh! jamas lo hubiera creido de tí.

Ros. El mismo amo me lo ha mandado.

Eul. ¿El mismo te lo ha mandado?

Ros. Sí señora; y solo con la condicion de hacerlo, me prometió casarme dentro de ocho dias con Conrado.

Eulalia, despues de una pausa, como volviendo de un sueño.

¡Ah! ya te comprehendo, hombre generoso (*Derrama lágrimas en abundancia*) Sí, te comprehendo, y sé la razon de tus operaciones. — Idos, hijos mios, idos de aquí: dexadme sola.

Ros. Pero ahora el amo se va á enfadar conmigo.

Eul. No te dé cuidado: yo lo compondré todo. Id en paz: el Domingo será la boda.

Los dos besándola la mano.

¿El Domingo?

Ros. ¡Qué ama tan buena que tenemos!

Conr. ¡Qué dicha, Roseta! *Vanse, llevándose por el brazo.*

ESCENA XIII.

Eulalia sola.

No sé dónde estoy: mi alma está tan perturbada, que mis pensamientos y mis sensaciones se confunden á un mismo tiempo. ¡Qué conducta tan noble! ¡Suponerse una falta, para hacerme creer que su conciencia no es del todo pura, porque sabe quán fácilmente se sufre un peso quando otro ayuda á llevar la carga! ¡O sí: esto es grande, generoso; pero, Eulalia, convengamos en que te alegras mucho de que no sea mas que una mentira.

ESCENA XIV.

Menó, Horst, Eulalia.

Eulalia, tirándose al cuello de Menó, y abrazándole con viva ternura.

¡Mi querido Menó! ¡Mi bueno y generoso Menó!

Men. estrechándole entre sus brazos.

¿Qué tienes, Eulalia? ¿qué significan estas demostraciones extraordinarias?

Eul. Estas lágrimas te expliquen mi reconocimiento.

Men. ¿Reconocimiento? ¿Pues qué acaso viene?

Eul. Sí, sí: Roseta me ha hablado.

Menó fingiendo asustarse mucho.

¿Roseta?

Eul. No te asustes, mi querido Menó: déxate de disimulos ya conmigo. Yo lo sé todo.

Men. ¿Qué es lo que sabes?

Eul. La ficcion generosa de mi digno esposo.

Menó, realmente alterado en este momento.

¡Necia criatura!

Eul No ha sido Roseta, querido mio, sino Conrado el que me lo ha descubierto todo. Este buen muchacho creyó comprometido su honor, y se negó á confirmar con su confesion la fábula singular

lar que te habia hecho imaginar tu generosidad. — Por lo demas, yo te agradezco mucho la nueva prueba de amor que acabas de darme; pero dexa al cielo el exercicio de sus derechos. ¿Quál seria en efecto la recompensa de la virtud, si las cosas fuesen de otro modo! Si por mi arrepentimiento sincero he merecido el perdon de algunas de mis faltas, tambien he recibido la recompensa; porque todo al rededor de mí respira felicidad: yo no tengo sino un solo enemigo. y ese le llevo en mi pecho. — Nada mas justo que el que Dios no conceda una felicidad pura sino á una conciencia sin mancha; y yo no tengo ciertamente derecho para murmurar de su providencia. Vive pues tranquilo, mi querido amigo. Yo soy tan feliz como pudiera llegar á ser; y quando mi marido y mis hijos confirmen un dia, en el trance de mi muerte, que desde el desgraciado momento en que me olvidé de mí misma, no he vuelto á faltar á mis deberes, el Juez misericordioso borrará quizá de los años de vida que estan señalados allá arriba, la hora fatal en que yo llegué á ser culpable. Hasta este caso, mi querido Menó, continuemos regocijándonos como ántes; y quando observés alguna ligera nube sobre mi frente, vuelve los ojos, y haz como que no la has advertido.

Menó, estrechándola tiernamente sobre su corazon.

¿Eulalia podria hacerme completamente feliz, y no quiere que lo sea.

Eul. Lo quiere, y lo ha querido.— Pudo hacerlo en otro tiempo.— Ahora no puede ya.

Horst. Tú eres perfectamente feliz, mi querido Menó, y Eulalia tambien. Esto lo ve, arrebatado de placer, un amigo que os ama. Estoy decidido á no volverme á separar de vosotros. Voy á envolver semillas en mi patente de Mayor, y á colgar mi Cruz de san Luis en la primera encina de de estas cercanías. Recibidme pues en vuestra familia: dexad que en ella me haga un viejo celibatario. Quiero sembrar y plantar con Menó, meditar con Eulalia, y jugar con vuestros hijos.

Menó, tomándole la mano, y sacudiéndosela un poco.

Te tomo la palabra, mi querido Horst; pero te falta una cosa todavía; y esta es una buena muger: es preciso buscártela.

Horst, tocando la empuñadura de su espada.

Esta ha sido hasta ahora mi muger (*Quítase la espada, y la pone sobre la mesa*): yo me separo de ella, y me arrojo en vuestros brazos.

Se abrazan los tres, y cae el telon.

FIN.

CON LICENCIA.

Barcelona: Por Juan Francisco Piferrer, Impresor de S. M.; véndese en su Librería, administrada por Juan Sellent.